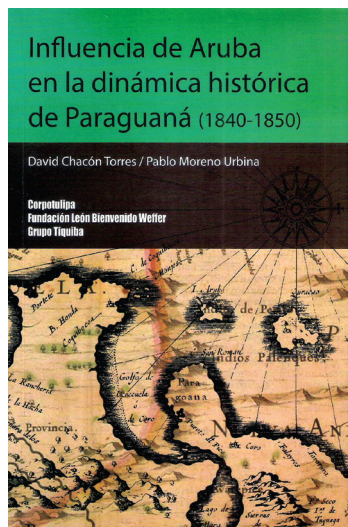




## Reseñas

**David Chacón Torres y Pablo Moreno Urbina: *Influencia de Aruba en la dinámica histórica de Paraguaná (1840-1850)*.** s/n, Corpotulipa/Flash Electronics/Fundación Literaria Bienvenido Weffer/Grupo Tiquiba, 2014, 118 pp.

Tomás Straka  
Instituto de Investigaciones  
Históricas “Herman González  
Oropeza”. Universidad Católica  
Andrés Bello, Caracas-Venezuela.  
Email: thstraka2@gmail.com



Si un problema ha caracterizado a la historiografía venezolana es el del exceso de parroquialismo. Más o menos comprensible en las actuales circunstancias, que impiden hacer viajes de investigación e incluso conseguir libros extranjeros, no lo es tanto cuando repasamos la producción de hace veinte o treinta años, cuando ambas cosas eran posibles. Más que un asunto de recursos parece serlo de espíritu. Temas en lo que es clave tener una comprensión global de los fenómenos, como los de la economía del cacao o la industria petrolera, han sido generalmente estudiados como si Venezuela flotara sola en el espacio. Ni siquiera se intentan estudios comparados cuando son fenómenos que ocurrieron de forma simultánea y conectada (pongamos, la economía del café en los andes venezolanos y colombianos, por no decir en Centroamérica), o cuando una fuente externa puede ser fundamental para su comprensión (por ejemplo la historiografía holandesa sobre el Esequibo). Y si se trata de trabajos regionales, muchas veces el problema se lleva a extremos aún más graves. No son pocos los

estudios de esta especie, algunos verdaderamente documentados e iluminadores, que desdeñan a la comarca de al lado con una actitud similar a la que se criticaba en la historia *nacional* y *centralista* con respecto a las regiones. Si rescribir la historia venezolana desde la diversidad de las regiones que la forman, es una propuesta que han llevado adelante historiadores como Pedro Cunill Grau, Manuel Donís Ríos, Germán Cardozo Galué, Reinaldo Rojas y Guillermo Morón; y si *pensar en problemas generales para estudiarlos localmente* fue una prédica en la que insistió en cada clase Federico Brito Figueroa, no todos sus lectores y alumnos han seguido sus ejemplos. Los aportes de la historiografía regional y local son tantos, y muchas veces tan importantes, que ha llegado el momento de una gran reinterpretación de la vida venezolana haciéndolos dialogar entre sí y, también, con la historia global. Pero para eso hay que atreverse a mirar más allá.

En este sentido, la tesis que escribieron David Chacón Torres y Pablo Moreno Urbina para optar al título de Licenciados en Historia en la Universidad de los Andes (Mérida), representa un esfuerzo en esta dirección. Sabemos que la región coriana estuvo fuertemente vinculada con las Antillas, que su comercio era cotidiano con ellas, que los flujos migratorios y los intercambios culturales fueron intensos; pero solemos quedarnos con sólo una de las partes de lo que es una unidad. Detenemos su historia en las goletas que zarpaban de La Vela o Adícora, sin aparentemente sospechar que la región, es decir, sus gentes, productos y valores seguían con ellas hasta dondequiera que llegaran aquellos barcos, o aquellos quintales de café. Que los comercios en Curazao o sus socios en Holanda o Nueva York son en algunas cosas tan importantes para entender a La Vela, como las haciendas y los establecimientos de la comarca. Es una situación llamativa, especialmente cuando se ha insistido en que las regiones no se circunscriben a las unidades político-territoriales; que por lo tanto la historia regional estudia las dinámicas y los pueblos más allá de los límites puestos de forma más o menos artificial por la política, internos o externos. No es irrelevante, por solo citar dos cosas, que un hito cultural como el Mercado Flotante de Willemstad esté formado por pescadores venezolanos; y que otro, como el Cementerio Judío de Coro, el primero de Sudamérica, fuera fundado por familias sefarditas

de origen curazoleño. Es una relación intensa, continua, que en el siglo XIX llegó a su apogeo con la exportación de café que desde La Vela casas comerciales de Curazao y Aruba llevaban adelante. Apellidos —Capriles, Maduro, Senior, Curiel, Oduber—, costumbres, arquitectura e historias comunes quedan de aquello en un grado que hace imposible la comprensión de las islas y la Costa Firme separados uno de otro.

Eso es lo que, de la mano de su tutor Isaac López, entendieron Chacón Torres y Moreno Urbina. Todo comenzó cuando realizaban el servicio comunitario que todos los estudiantes universitarios deben hacer para graduarse en el Registro Subalterno de Pueblo Nuevo, bajo la dirección de López que desde hace años lleva adelante un proyecto de conservación de patrimonio documental de la región coriana. Como en otros casos, descubrieron en el archivo un universo de oportunidades de investigación que finalmente los sedujo. La presencia de muchos arubanos en los autos que revisaron fue la primera pista para adentrarse en algo que todos señalaban, pero que pocos habían trabajado en profundidad: la relación entre la Costa Firme y las islas, en particular la de Aruba. Están ahí, por supuesto, el trabajo de Isidoro Aizenberg sobre *La comunidad judía de Coro, 1824-1900* (1995), y los estudios compilados en el muy útil volumen colectivo *Temas judíos* (2000); están también los trabajos de Blanca De Lima sobre la casa comercial Senior, cuya calidad los hace modélicos; o dentro de las muchas cosas de Carlos González Batista sus *Documentos para la historia de las Antillas Neerlandesas* (1995), pero un estudio sistemático de los inmigrantes neerlandeses en el siglo XIX, sus vidas, sus negocios, sus relaciones, su prosopografía, aún está por hacerse, incluso en lo referente a la comunidad hebrea que se estableció en la región. Chacón Torres y Moreno Urbina dan un primer paso al respecto. Se centran en un conjunto de juicios, sobre todo por contrabando, en el que aparecen implicados arubanos, con el objeto de aproximarse a la presencia de esta nacionalidad en Paraganá y, con ella, a toda la vida de la región. Un simple vistazo a lo que consignan demuestra algunas de las grandes virtudes de la historia regional: no es lo mismo hablar de la Ley de Libertad de Contratos o de la esclavitud basados en cifras. Legislación y discursos políticos; que entenderlos a través

de situaciones concretas: su impacto en Adicora, la demanda de Daniel Oduber a Manuel Medina por impago de una deuda o como los comerciantes-contrabandistas (es difícil establecer donde comenzaba lo uno y terminaba lo otro, cuando no que eran roles intercalados según las oportunidades) hacían sus viajes con esclavos y empleados, y no pocas veces vendían a alguno de los primeros.

Pero hay que entender que la tesis, que gracias al esfuerzo mancomunado de varias instituciones fue publicada en 2014, es apenas el primer peldaño, tanto en la vida profesional de los autores como en el tema que investigaron. Como libro editado, consta de dos grandes capítulos, uno de los cuales es un panorama del estado de la cuestión sobre la historiografía de Paraguaná. Eso significa que sólo la última parte se refiere a lo que anuncia el título. Aunque es más larga que el primer capítulo, esta estructura pudiera defraudar las expectativas del lector. Es decir, quien busque el libro para leer sobre los arubanos en Paraguaná se encontrará con que eso es, en realidad, sólo la mitad del libro. Tal vez si se hubiera resumido el estado de la cuestión en una introducción un poco más larga (la que trae es de sólo tres páginas), y se hubiese dividido el otro capítulo en dos, acaso agrandándolos un poco, lo presentado hubiera sido más congruente con sus objetivos. No es tanto un problema del contenido como de los criterios de edición. Pero eso no significa que no haya algunas cosas que advertir con respecto al texto en sí. El lector no puede esperar que subcapítulos con títulos tan sugerentes como “Contrabando y comercio ilegal”, “relación entre arubanos y paraguaneros” e “Inmigración arubana a Paraguaná” abunden en cifras o plantean tendencias o problemas de carácter general. Incluso que de verdad se refieran a lo que anuncian. No se habla de la “relación” en general, o de la “inmigración” como un proceso amplio, sino de casos puntuales sobre los que hacen algunas inferencias. Los autores básicamente consignan lo encontrado en algunos juicios, pero no dan pistas sobre cuántos arubanos vivían en la península, ni a qué se dedicaba la mayor parte; sólo se atreven a esbozar algunas ideas de cómo era aquella comunidad. Se hubiera agradecido al menos un listado de los nombres, los lugares de residencia y los oficios aparecidos en los documentos. Con eso tal vez se habría comenzado a establecer inferencias que hicieran más rico el análisis.

Con un solo cuadro ya es posible entrever posibles redes comerciales y familiares (a veces solían ser las mismos), es decir, un rompecabezas mucho más complejo, con problemas y propuestas más sustantivos. Si además el rompecabezas se coteja con lo que había entonces en Aruba, la investigación hubiera subido varios niveles. Quién comercia o se casa con quién puede decir más de la influencia de Aruba en Paraguaná que el resumen de algunos juicios. Y si esos negocios y matrimonios (por lo general, dos caras de una misma cosa) pudieran llevarse hasta Holanda la escala de lo estudiado tal vez hubiera manifestado infinitas posibilidades. ¿No es importante, por ejemplo para entender la cotización de los productos, saber adonde fueron a parar las cosas que legalmente o por la mala sacaron de Paraguaná; y de donde vinieron aquellas que también de las dos formas introdujeron en la península? La historia regional, al menos cuando se trata de la modernidad, es siempre, en alguna medida, historia global.

Por eso tal vez esta es la mayor debilidad del trabajo es que no se detiene ni en la historiografía ni en los documentos producidos en la isla. Los autores, es verdad, aclaran desde el principio que su objetivo fue trabajar con los documentos del archivo que les cayó en suerte dentro de su servicio comunitario, por lo que en ese aspecto cumplen con lo que prometen. También es verdad que en Aruba no hay muchos lugares en los que investigar ni tampoco una bibliografía especialmente abundante; y que la que existe probablemente está en Holanda. Eso, que financieramente la hace inaccesible a un venezolano promedio, junto a la limitante del idioma, ponen muy cuesta arriba consultarla. Pero como se dice lo uno hay que decir lo otro: justo porque son dos muchachos con toda la vida profesional por delante y porque es un libro cuyo principal mérito es el de abrir un camino, la meta de contrastar las dos versiones, la venezolana y la arubana/holandesa no es descabellada. Además, no es un mal proyecto doctoral, susceptible, muy probablemente, de obtener un grant. Por último, tampoco queda claro por qué escogieron los diez años que van de 1840 a 1850, ya que en ninguna de las dos fechas parece haber ocurrido nada especial que justifique estos límites.

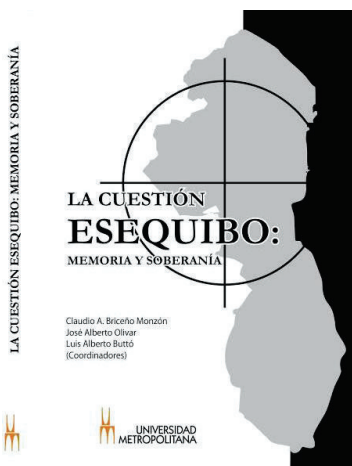
Pero que estas críticas no nos confundan. Pocas veces un libro se asoma como una nueva posibilidad y dos muchachos entran al



terreno bateando un hit similar, indistintamente de que lo hayan hecho con la ayuda de una de las voces más potentes de la historiografía venezolana actual, Isaac López. Ojalá no cejen en el camino que acaban de iniciar y que otros se animen a continuar por la senda. Estudiada con el aliento debido, son enormes las posibilidades de la historia regional. Acabemos con el parroquialismo, que la historia de nuestras gentes y pueblos da para enfrentar problemas de alcance general. Los paraganeros llevan varios siglos demostrándolo.

**Claudio A. Briceño Monzón,**  
**José Alberto Bolívar y Luis**  
**Alberto Buttó (Coordinadores):**  
***La Cuestión Esequibo:***  
***Memoria y Soberanía.*** Caracas,  
Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Metropolitana,  
2016, 312 págs.

Eduin Nicolás Grueso Estupiñan,  
Tesisista de la Escuela de Historia,  
Universidad de Los Andes,  
Mérida-Venezuela.  
Email:edwingrueso17@gmail.com



El tema fronterizo venezolano muchas veces ha estado en la palestra pública nacional, más en estos últimos años en los que pareciese resucitar ese personaje “antagónico” representado en una amenaza externa, cuando hay una coyuntura de conmoción político-económica interior, y se hace más notable (tal como se ha demostrado con las recientes fricciones diplomáticas con los gobiernos de Colombia y Guyana) en las regiones que colindan con los países vecinos, por medio de las cuales (supone el gobierno venezolano), se cierne una amenaza a la seguridad de la Nación, en tiempos de